

"PHATER PANCHALI" Y LA REALIDAD

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El arte realista de nuestro tiempo está muy lejos de responder al inocente principio de la imitación. Y ello porque la realidad difiere de la realidad. Entiéndase la paradoja: la realidad tiene sucesivas capas, de su superficie a su profundidad, y es posible ir de fuera hacia adentro revelando a los ojos del contemplador horrores o prodigios que se escapan a una visión particular. El cine contemporáneo, por ello, siendo realista, no es sino en muy contados casos documental. No se trata, por cierto, de la manifestación de la realidad psicológica —sorprendente por su simple diferenciación individual—, sino de la realidad toda, incluso social, de la cual la gente cree tener una noción directa, proporcionada por los sentidos y la razón. El realismo nuevo penetra la fotografía de los personajes y las situaciones, y en cada obra maestra que logra nos sobrecoge o encanta con la exposición de un aspecto de la realidad que no está desprestigiado por ningún "lugar común" de la expresión artística, del lenguaje al uso.

La reflexión que antecede proviene de la admiración despertada en el cronista por ese majestuoso film que se titula "Pather Panchali". No es la película india un grito contra la miseria. Es una protesta sólo en la medida en que el drama de aquella familia campesina se hace parte del de toda la comunidad en la que está inscrita y también del que corresponde al mundo hambriento, que ha comenzado a decir su palabra en el diálogo mundial. Y si el rincón campesino donde la pobreza se ensaña no es ya el escenario pintoresco que puede ser para quien viaja en el ferrocarril que los niños miran pasar asombrados desde el confín del arrozal ajeno, tampoco es únicamente la historia de un hogar que sucumbe en el desamparo. Constituye, ante todo, una indagación en busca de las raíces más hondas de la realidad, situadas en la inexorable manera como un "fatum", que no es fatal pues se origina en la crisis vital de la sociedad, abraza un grupo de personas que son, en sí, todas las personas que existen sin otra finalidad —pues otra finalidad es absurda— que llevar a la boca los pocos granos que su precaria e injusta economía les procura. Este hecho no es simple: resuena en la pasión de cada cual, en las relaciones internas de quienes viven juntos, en la pérdida de la compasión del grupo a sí mismo, en la muerte antes moral que física de los seres estigmatizados. La huida, no hacia el paraíso perdido de la dignidad, sino a otro infierno, es todo lo que queda por hacer cuando los muros de la casa ancestral están por tierra, cuando la enfermedad ha cobrado una víctima, cuando toda verdad ha rodado y ha sido barrida por el oculto enemigo de la paz y la libertad.

El parsimonioso desarrollo del relato cinematográfico finge el desenvolvimiento prolijo, minucioso, densamente cruento de la vida sometida, por indefensa, a toda desdicha, inclusive a aquella que podría ser evitada si hubiera un justo amparo. El transcurso del tiempo mensurable tampoco es acelerado y la acción real no suele emprender una loca carrera. Al cabo del largo destino, signado menos por los dioses que por los propios hombres, está el golpe decisivo. Cuando la familia abandona su tierra y marcha en la chirriante carreta hacia Benares, bien sabemos que se trata de un viaje del abismo al abismo. Se anotó arriba que el realismo actual no imita. En efecto, el realismo de "Phater Panchali" concentra la realidad, la vuelve del revés, la desholla en carne —en mundo— viva. En este caso descubre la indignidad de aquello que nunca pudieron rescatar el derecho humano, primario, esencial, que les fue negado: el de vivir.